

La calle para el martes 27 de noviembre de 2007
Diario de un espectador
Del Paso y Rulfo
por miguel ángel granados chapa

Fernando del Paso recibió el sábado pasado el premio internacional de literatura que otorga la Feria del libro de Guadalajara, que comenzó llamándose Juan Rulfo, denominación que la familia del autor de Pedro Páramo retiró hace dos años, pero que el premiado de esta oportunidad insistió en llamar por su nombre original.

Del Paso estaba enfermo y hospitalizado, porque videograbó un mensaje, que se proyectó aunque finalmente el autor laureado pudo llegar a la ceremonia, a la que asistió el presidente Felipe Calderón, cuya elección resultó de un engaño, un fraude, según escribió poco después de la jornada electoral del año pasado el autor de Noticias del imperio.

El discurso de aceptación del premio se dividió en dos partes fundamentales, una relacionada con Rulfo y otra con Colombia, país invitado a la Feria. En la primera Del Paso hizo una reseña de su amistad con Juan Rulfo:

“El 8 de enero de 1986 estaba yo en París, en Radio Francia Internacional. La nieve cubría la ciudad. Era cerca de la una de la mañana, la hora de recolectar los cables de la United Press, la Associated Press, de la Agencia Latina y de la agencia Efe, France Press y Reuter para elaborar el primer noticiario de la noche que debería transmitirse por onda corta a todo el continente latinoamericano. Yo era el periodista y locutor en turno de esa noche. Y yo con esta misma voz con la que hoy hablo, si bien 20 años más joven, anuncie, sino al planeta entero, si al mundo de habla hispana el fallecimiento, ocurrido unas horas antes, del escritor mexicano Juan Rulfo. Para la inmensa mayoría de nuestros oyentes, había desaparecido un gran escritor, un notable personaje jalisciense: el autor de los dos libros consagrados por la crítica y los lectores: *Pedro Páramo* y *El llano en llamas*.

Para mí, había desaparecido no sólo el escritor, sino algo mucho más importante, que me caló a fondo: un amigo. Uno de los mejores amigos. Un amigo al que tenía muchos años de no ver, porque yo vivía en Europa y él en México, y a quien nunca le escribí una carta. De los 17 afortunados que hemos sido distinguidos con este Premio de Literatura de Latinoamérica y del Caribe Juan Rulfo, y con la única excepción de Juan José Arreola, yo fui el que mejor conoció a Juan Rulfo, y quien sostuvo con él una amistad más larga y profunda.

Lo conocí en Centro Mexicano de Escritores me otorgó una de las becas que solía dar a escritores que hacíamos nuestros pininos en literatura. Cada día miércoles, los cuatro o cinco becarios del año nos reuníamos en la cede del centro con Francisco Monterde, Juan José Arreola y Juan Rulfo, para leer nuestra modesta producción y recibir su asesoría y sus consejos.

Después de cada reunión, Juan Rulfo y yo nos íbamos, religiosamente a platicar al café del sanatorio Dalinde, contiguo al departamento donde vivía, en la avenida de los Insurgentes de la Ciudad de México. Allí se nos pasaban las horas: cinco, seis, cada miércoles, en las que tomábamos café por litros, fumábamos como chacuacos y hablábamos de literatura y de mil cosas más. Yo tuve el gran privilegio de que, para mí, Juan Rulfo no fue nunca el personaje tímido, y a veces hosco, que tenía fama de ser. Para mí, Juan fue siempre el amigo abierto, sencillo, cálido, que sabía hablar conmigo de todos los temas, de todas las novelas, de toda la literatura y de la vida entera.

Esa madrugada del 8 de enero —siete de enero todavía en este lado del mundo—, lloré, a Juan Rulfo, y arrepentí de no haberle escrito una sola carta en todos los años en que no nos habíamos visto, aun a sabiendas de que él que padecía, como yo, de una especie de alergia a la correspondencia— no la hubiera contestado nunca.

En los días siguientes, comencé a preparar un programa de radio que titulé *Carta a Juan Rulfo*.